

Esta es una pequeña muestra
del libro *El Llamado del Evangelio*
& *la Conversión Verdadera*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

EL LLAMADO DEL EVANGELIO & LA CONVERSIÓN VERDADERA

PAUL WASHER



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#ConversionVerdadera

EL LLAMADO DEL EVANGELIO & LA CONVERSIÓN VERDADERA / por Paul Washer

© Paul Washer 2017, publicado en español por Poiema Publicaciones & Reformation Heritage Books. Traducido con el debido permiso del libro *The Gospel Call and True Conversion* © Paul Washer 2013 publicado por Reformation Heritage Books.

Las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Contemporánea* ©2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas bíblicas marcadas con la sigla RV60 han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera* ©1960 por Sociedades Bíblicas Unidas; las citas marcadas con la sigla LBLA, de *La Biblia de Las Américas* ©1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Para obtener más información, escríbenos a info@poiema.co

www.poiema.co www.heritagebooks.org

Categoría: Religión, Cristianismo, Teología, Biblia

ISBN: 978-1-944586-35-5

Impreso en Colombia

SDG

Contenido

Prefacio de la serie: recuperando el evangelio vii

PARTE UNO: EL LLAMADO DEL EVANGELIO

1. Un llamado al arrepentimiento 3
2. Un llamado a la fe 23
3. Creer y confesar 35
4. Recibir a Cristo 47
5. Cristo a la puerta de tu corazón 59

PARTE DOS: NUEVOS CORAZONES Y LA NATURALEZA DE LA CONVERSIÓN VERDADERA

6. La gran razón y el gran propósito de la salvación 73
7. El Autor de la salvación 83
8. Separación y limpieza 87
9. Un nuevo corazón 99
10. La obra eficaz del Espíritu 107

PARTE TRES: UN NUEVO PUEBLO Y LA NATURALEZA DE LA CONVERSIÓN VERDADERA

11. La gloria del nuevo pacto 119

12. La creación de un nuevo pueblo	129
13. El conocimiento certero que el cristiano tiene de Dios	143
14. El corazón y el camino del pueblo de Dios	153
15. El pacto eterno	175
16. La bondad de Dios para Su pueblo	187

Prefacio de la serie RECUPERANDO EL EVANGELIO

El evangelio de Jesucristo es el más grande de todos los tesoros dado a la iglesia y al cristiano. No es un mensaje entre muchos otros, sino *el* mensaje sobre todos. Es el poder de Dios para salvación a los pecadores y la revelación más grande de la multiforme sabiduría de Dios para los hombres y los ángeles.¹ Es por esta razón que el apóstol Pablo dio al evangelio el primer lugar en su predicación, esforzándose por proclamarlo claramente e incluso imprecando a aquellos que pervirtieran su veracidad.²

Cada generación de cristianos es administradora del mensaje del evangelio, y, a través del poder del Espíritu Santo, Dios la llama a guardar este tesoro que le ha sido confiado.³ Si queremos ser fieles administradores, debemos concentrarnos en el estudio del evangelio, hacer todo lo posible por entender sus verdades, y comprometernos a guardar su contenido.⁴ Al hacerlo así, aseguramos la salvación tanto para nosotros como para aquellos que nos escuchan.⁵

Esta administración me mueve a escribir estos libros. Tengo poca apetencia por el trabajo duro de escribir, y ciertamente no hay falta de libros cristianos, pero he puesto la siguiente colección de sermones en forma escrita por la misma razón que los prediqué: ser liberado de su carga. Como Jeremías, si no hablo este mensaje, "... en mi corazón... [se convierte en] un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude".⁶ Como el apóstol Pablo exclamaba: "¡Ay de mí si no anunciar el evangelio!"⁷

Como es comúnmente conocido, la palabra *evangelio* viene de la palabra griega *euangélion*, que apropiadamente se traduce "buenas

¹ Romanos 1:16; Efesios 3:10 ² 1 Corintios 15:3; Colosenses 4:4; Gálatas 1:8-9 ³ 2 Timoteo 1:14
⁴ 1 Timoteo 4:15 ⁵ 1 Timoteo 4:16 ⁶ Jeremías 20:9 ⁷ 1 Corintios 9:16

nuevas". En un sentido, cada página de la Escritura contiene el evangelio. Pero en otro sentido, el evangelio se refiere a un mensaje muy específico: la salvación consumada para un pueblo caído, por medio de la vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, el Hijo de Dios.

De acuerdo con la buena voluntad del Padre, el Hijo eterno, quien es igual con el Padre y es la representación exacta de Su naturaleza, voluntariamente dejó la gloria del cielo, fue concebido por el Espíritu Santo en el vientre de una virgen y nació el Dios-hombre: Jesús de Nazaret.⁸ Como hombre, caminó sobre esta tierra en perfecta obediencia a la ley de Dios.⁹ En la plenitud del tiempo, los hombres le rechazaron y le crucificaron. En la cruz, Él llevó el pecado del hombre, sufrió la ira de Dios y murió en lugar del hombre.¹⁰ Al tercer día, Dios le levantó de entre los muertos. Esta resurrección es la declaración divina de que el Padre aceptó la muerte de Su Hijo como un sacrificio por el pecado. Jesús pagó el castigo por la desobediencia del hombre, satisfizo la demanda de justicia y aplacó la ira de Dios.¹¹ Cuarenta días después de la resurrección, el Hijo de Dios ascendió a los cielos, se sentó a la diestra del Padre, y se le dio la gloria, el honor y el dominio sobre todo.¹² Allí, en la presencia de Dios, Él representa a Su pueblo e intercede a su favor ante Dios.¹³ A todos aquellos que reconocen su estado de pecado e incapacidad y se rinden a Cristo, Dios les perdona completamente, les declara justos, y son reconciliados con Él.¹⁴ Este es el evangelio de Dios y de Jesucristo, Su Hijo.

Uno de los crímenes más grandes cometido por la presente generación de cristianos es su descuido del evangelio, y es de este descuido que surgen otros males. No es tanto que el mundo perdido está endurecido hacia el evangelio sino que es más bien ignorante del evangelio, puesto que muchos de aquellos que proclaman el evangelio son ignorantes de sus verdades más básicas. Los temas esenciales que conforman la esencia del evangelio —la justicia de Dios, la depravación radical del hombre, la propiciación por sangre, la naturaleza de la conversión verdadera y la base bíblica de la seguridad— están ausentes de demasiados púlpitos. Las iglesias reducen el mensaje del evangelio a unas pocas declaraciones doctrinales, enseñan que la conversión es una

⁸ Hechos 2:23; Hebreos 1:3; Filipenses 2:6-7; Lucas 1:35 ⁹ Hebreos 4:15 ¹⁰ 1 Pedro 2:24, 3:18; Isaías 53:10 ¹¹ Lucas 24:6; Romanos 1:4, 4:25 ¹² Hebreos 1:3; Mateo 28:18; Daniel 7:13-14

¹³ Lucas 24:51; Filipenses 2:9-11; Hebreos 1:3, 7:25 ¹⁴ Marcos 1:15; Romanos 10:9; Filipenses 3:3

decisión puramente humana y declaran seguridad de salvación sobre cualquiera que pronuncia la oración del pecador.

El resultado de esta reducción del evangelio ha tenido un enorme alcance. Primero, endurece los corazones de los no convertidos. Pocos de los “convertidos” hoy alguna vez se integran a la iglesia, y aquellos que lo hacen frecuentemente caen o tienen vidas marcadas por la carnalidad. Incontables millones caminan por nuestras calles y se sientan en las bancas de las iglesias sin ser cambiados por el verdadero evangelio de Jesucristo, aunque estén convencidos de su salvación porque alguna vez levantaron la mano en una campaña evangelística o repitieron una oración. Este sentido falso de seguridad crea una enorme barrera que muchas veces aísla a los individuos de escuchar el verdadero evangelio.

Segundo, este evangelio deforma a la iglesia de un cuerpo espiritual de creyentes regenerados a una reunión de hombres carnales que profesan conocer a Dios, pero lo niegan con sus hechos.¹⁵ Con la predicación del evangelio verdadero, los hombres vienen a la iglesia sin esperar ser entretenidos con algún espectáculo, con actividades especiales o con la promesa de beneficios más allá de los ofrecidos por el evangelio. Aquellos que vienen lo hacen porque tienen un profundo anhelo por Cristo y están hambrientos por la verdad bíblica, la adoración sincera y oportunidades de servir. Cuando la iglesia proclama un evangelio inferior, se llena de hombres carnales que muestran poco interés por las cosas de Dios y se convierten en una carga para la iglesia.¹⁶ La iglesia entonces baja las demandas radicales del evangelio a una moralidad conveniente, y la verdadera devoción a Cristo da paso a actividades diseñadas para satisfacer lo que sus miembros sienten como necesidades. La iglesia llega a estar impulsada por actividades en vez de estar centrada en Cristo, y filtra o empaqueta cuidadosamente la verdad de manera que no ofenda a la mayoría carnal. La iglesia deja a un lado las grandes verdades de la Escritura y el cristianismo ortodoxo; el pragmatismo (es decir, lo que sea que mantenga a la iglesia funcionando y creciendo) se convierte en la orden del día.

Tercero, este evangelio reduce el evangelismo y las misiones a poco más que un proyecto humanístico impulsado por estrategias de mercado ingeniosas, basadas en un cuidadoso estudio de las últimas

¹⁵ Tito 1:16 ¹⁶ 1 Corintios 2:14

tendencias en la cultura. Después de años de ser testigos de la falta de poder de un evangelio no bíblico, muchos evangélicos parecen estar convencidos de que el evangelio no funcionará y que el hombre se ha convertido en un ser muy complejo como para ser salvado y transformado por un mensaje tan simple y asombroso. Ahora hay más énfasis en tratar de entender nuestra cultura caída y sus modas pasajeras que en tratar de entender y proclamar el único mensaje que tiene el poder para salvarla. Como resultado, el evangelio es constantemente empaquetado para que se ajuste a lo que la cultura contemporánea considera más relevante. Hemos olvidado que el verdadero evangelio es siempre relevante a toda cultura porque es la palabra eterna de Dios para todo hombre.

Cuarto, este evangelio trae deshonra al nombre de Dios. A través de la proclamación de un evangelio inferior, los carnales y los inconversos se incorporan en la comunión de la iglesia, y, a través del casi total abandono de la disciplina eclesiástica bíblica, se les permite permanecer sin corrección o reprensión. Esto mancha la pureza y la reputación de la iglesia, y es blasfemado el nombre de Dios entre los no creyentes.¹⁷ Al final, Dios no es glorificado, la iglesia no es edificada, los miembros inconversos de la iglesia no son salvados y la iglesia tiene poco o ningún testimonio para el mundo incrédulo.

No es propio que nosotros como ministros o laicos estemos tan cerca y no hagamos nada cuando vemos “el glorioso evangelio del Dios bendito” ser reemplazado por un evangelio de menor gloria.¹⁸ Como administradores de este encargo, tenemos la obligación de recuperar el único evangelio verdadero y proclamarlo con valentía y claridad a todos. Haríamos bien en prestar atención a las palabras de Charles Haddon Spurgeon:

En estos días me siento impulsado a ir, una y otra vez, a las elementales verdades del evangelio. En tiempos de paz nos sentimos libres de incursionar en los interesantes espacios de la verdad que yacen en la lejanía; pero ahora debemos permanecer en casa y vigilar las creencias fundamentales de la iglesia, defendiendo los principios básicos de la fe. En esta época se han levantado hombres en la

¹⁷ Romanos 2:24 ¹⁸ 1 Timoteo 1:11

propia iglesia que hablan de cosas perversas. Hay muchos que nos inquietan con sus filosofías y sus nuevas interpretaciones, con las que ellos mismos niegan las doctrinas que dicen enseñar y atacan la fe que ellos han prometido guardar. Es bueno que algunos de nosotros, que sabemos lo que creemos y no tenemos significados secretos para nuestras palabras, afinquemos nuestro pie y nos mantengamos firmes, defendiendo la palabra de vida y declarando llanamente las verdades fundamentales del evangelio de Jesucristo.¹⁹

Aunque la serie *Recuperando el evangelio* no representa una presentación totalmente sistemática del evangelio, aborda la mayoría de los elementos esenciales, especialmente aquellos que han sido más descuidados en el cristianismo contemporáneo. Es mi esperanza que estas palabras puedan ser una guía para ayudarte a redescubrir el evangelio en toda su belleza, asombro y poder salvífico. Es mi oración que este redescubrimiento transforme tu vida, fortalezca tu proclamación y traiga mayor gloria a Dios.

Tu hermano,
Paul David Washer

¹⁹ Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* [El púlpito del tabernáculo metropolitano], (repr., Pasadena, Tex: Pilgrim Publications), 32:385.

PARTE UNO

El llamado del evangelio



Después de que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea para proclamar el evangelio del reino de Dios. Decía: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse, y crean en el evangelio!».

—Marcos 1:14-15

También saben que no me he negado a serles útil, y que en público y en las casas he anunciado y enseñado a los judíos y a los no judíos que deben volverse a Dios, y tener fe en nuestro Señor Jesucristo.

—Hechos 20:20-21

Lo que dice es: «La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón.» Esta es la palabra de fe que predicamos: «Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo». Porque con el corazón se cree para alcanzar la justicia, pero con la boca se confiesa para alcanzar la salvación.

—Romanos 10:8-10

CAPÍTULO UNO



Un llamado al arrepentimiento

Después de que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea para proclamar el evangelio del reino de Dios. Decía: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse, y crean en el evangelio!».

—Marcos 1:14-15

Dios, que ha pasado por alto esos tiempos de ignorancia, ahora quiere que todos, en todas partes, se arrepientan.

—Hechos 17:30

Según el plan eterno de Dios y Su buena voluntad, el Hijo de Dios, igual con el Padre y la representación exacta de Su naturaleza, voluntariamente dejó la gloria del cielo, fue concebido por el Espíritu Santo en el vientre de una virgen y nació el Dios-hombre. Él caminó sobre la tierra en perfecta obediencia a la ley de Dios, y luego, en el cumplimiento del tiempo, fue rechazado por los hombres y crucificado. Sobre la cruz llevó los pecados de Su pueblo, fue abandonado de Dios, sufrió la ira de Dios y murió condenado. Al tercer día, Dios le levantó de entre los muertos como una declaración pública de que Su muerte fue aceptada; el castigo por el pecado fue pagado, las demandas de la justicia fueron satisfechas y la ira de Dios fue apaciguada. Cuarenta días después de la resurrección, Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, ascendió al cielo, donde se sentó a la diestra de Dios el Padre y le fue dado el honor, la gloria y el dominio sobre todo. Allí, en la presencia de Dios, representa a Su pueblo y hace súplicas y peticiones especiales a Dios por ellos. Estas son las buenas noticias de Dios y de Jesucristo, Su Hijo.¹

¹ Este resumen se basa en parte en la *Confesión de Westminster*, capítulo 8.

Habiendo considerado esta maravilla que Dios ha hecho, debemos ahora dirigir nuestra atención hacia la humanidad. ¿Cuál es la respuesta bíblica de una persona al evangelio? ¿Cómo debería dirigir el que evangeliza a la persona desesperada cuando clama: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. La Escritura es clara: las personas deben arrepentirse y creer en el evangelio. Cuando Jesús vino a Israel, no les rogó que abrieran sus corazones y le permitieran entrar ni les hizo repetir una oración. En cambio, les mandó que se apartaran de su pecado y creyeran en el evangelio.²

UN LLAMADO PERMANENTE E INMUTABLE

Antes de continuar, debemos entender que el mandato de Cristo al arrepentimiento y a la fe sigue siendo aplicable para nosotros hoy. Sería terrible pensar que estuvo limitado a cierta dispensación o dirigido solo a judíos del período del Nuevo Testamento. “¡Arrepiéntanse y crean!” es el llamado del evangelio para ayer, hoy y siempre. Los apóstoles reforzaron esta verdad y la proclamaron con valentía después de la resurrección y ascensión de Cristo. Observa las declaraciones del apóstol Pablo:

También saben que no me he negado a serles útil, y que en público y en las casas he anunciado y enseñado a los judíos y a los no judíos que deben volverse a Dios, y tener fe en nuestro Señor Jesucristo (Hch 20:20-21).

Dios, que ha pasado por alto esos tiempos de ignorancia, ahora quiere que todos, en todas partes, se arrepientan (Hch 17:30).

Estos textos y varios otros demuestran que no hay fundamento para argumentar que se relegaría el arrepentimiento a una dispensación anterior o menoscabaría su parte en la predicación evangelizadora de nuestros días. “Arrepentirse ante Dios” era el llamado de los profetas del Antiguo Testamento, de Juan el Bautista, del Señor Jesucristo, de los apóstoles y de las confesiones y sermones de los teólogos, predicadores y misioneros más piadosos y fructíferos en toda la historia de la Iglesia. Las confesiones de Westminster y New Hampshire afirman respectivamente:

² Ver Marcos 1:14-15 para un ejemplo.

El arrepentimiento para vida es una gracia evangélica, y esta doctrina referente a ella debe ser predicada por cada ministro del Evangelio, tanto como la de fe en Cristo (15.1).

Creemos que el arrepentimiento y la fe son deberes sagrados, y también gracias inseparables (art. 8).

CARACTERÍSTICAS ESENCIALES DEL ARREPENTIMIENTO GENUINO

Puesto que el llamado al arrepentimiento es una necesidad absoluta en la proclamación del evangelio, necesitamos tener una comprensión correcta de la naturaleza del arrepentimiento y su manifestación en la conversión genuina. A continuación se enumeran las ocho características esenciales del verdadero arrepentimiento bíblico:

- Cambio de la mente
- Tristeza por el pecado
- Reconocimiento personal y confesión de pecado
- Apartarse del pecado
- Renuncia a la propia justicia o a las buenas obras
- Volverse a Dios en sumisión obediente
- Obediencia práctica
- Continuidad y profundización de la obra del arrepentimiento

Es imperativo que nosotros entendamos que no es necesario que estas características del arrepentimiento genuino aparezcan en su forma más plena o más madura en el momento de la conversión, pero que continúan creciendo y profundizándose durante la vida del creyente. Sería terriblemente erróneo y destructivo sugerir que la conversión verdadera requiere que una persona deba alcanzar una profundidad de arrepentimiento y fe que se ve pocas veces en la vida de la mayoría de los cristianos maduros. Jesús expresó que incluso la fe como una semilla de mostaza es suficiente para mover montañas si es genuina.³ En el momento de la conversión, la comprensión de una persona sobre la naturaleza atroz del pecado puede

³ Mateo 17:20

ser escasa, pero será real. La profundidad del quebranto de un nuevo convertido puede ser leve comparada con la del creyente maduro, pero sin duda será genuina. La evidencia final de que el arrepentimiento y la fe de una persona son para salvación será que ambas *gracias* continúan creciendo y profundizándose en su vida a través de la obra mantenida de santificación de Dios. Con estas aclaraciones y advertencias en mente, consideremos más de cerca cada una de estas características.

Cambio de mente

En el Nuevo Testamento, la palabra *arrepentirse* se traduce con mayor frecuencia de un verbo griego que se construye de otro verbo que significa “percibir o entender” y una preposición que denota cambio.⁴ Por tanto, el arrepentimiento implica un cambio radical en la percepción de las cosas de una persona o de su visión de la realidad. En la Escritura, este cambio de mente nunca se limita al intelecto, sino que tiene un efecto asimismo radical sobre las emociones y la voluntad. En síntesis, el arrepentimiento genuino inicia con una obra del Espíritu Santo en la vida del pecador, por la cual Él regenera el corazón, ilumina la mente, y expone el error mediante una revelación de la verdad divina. Debido a esta obra divina, la mente del pecador cambia y su visión de la realidad se altera de manera drástica, ante todo respecto a Dios, uno mismo, el pecado y el camino de salvación.

La Escritura enseña que, previo a la conversión, un hombre tiene el entendimiento entenebrecido y camina en la futilidad de su mente.⁵ Por añadidura, su mente es hostil hacia Dios, reprime la verdad de Dios y no puede sujetarse a la ley de Dios.⁶ Por esta razón, la persona no convertida tiene una visión completamente distorsionada de la realidad, y no es una exageración señalar que él está errado con respecto a todo lo que en verdad importa. Él sabe algo sobre el único Dios verdadero y Su majestad, pero no piensa que es necesario honrarlo como Dios o darle gracias.⁷ Es soberbio y ve el promoverse a sí mismo como el fin de todas las cosas. Las leyes de Dios están escritas en su corazón, pero no piensa que es necesario o provechoso seguir sus preceptos. Más bien, lucha

⁴ *Metanoéo*. “La preposición *meta* usada con los verbos de movimiento y de actividad mental indica un cambio en el significado del verbo simple”. *New International Dictionary of New Testament Theology* [Nuevo Diccionario Internacional de la teología del Nuevo Testamento], Grand Rapids: Zondervan, 1957: 1:357. ⁵ Efesios 4:17-18 ⁶ Romanos 1:18; 8:7 ⁷ Romanos 1:21

contra su conciencia y busca suprimir lo que conoce que es verdad.⁸ Sabe que todos los que cometen malas obras son dignos de muerte, pero no piensa que debe temer ese juicio. No solo hace las mismas cosas, sino que da su contundente aprobación a aquellos que las practican.⁹ Su propia mortalidad lo confronta cuando la muerte se traga a todos los que están a su alrededor, pero no piensa que la plaga tocará a su puerta. Para ponerlo en términos sencillos, la persona no convertida está errada, pero continúa de manera arrogante haciendo lo que mejor le parece.¹⁰ Él está en el camino que le parece recto, pero su final es la muerte.¹¹

Sin embargo, en el momento de la conversión el Espíritu de Dios regenera el corazón del no convertido y la verdad ilumina su mente entenebrecida. Luego, como a un hombre ciego que se le da la vista, o como se despierta de un sueño a uno que duerme, él se da cuenta de que su vida entera ha sido gobernada por sus propios delirios y que ha estado errado en todo. Por primera vez en su vida ve y reconoce lo que es verdadero. Sus pensamientos erróneos y blasfemos sobre Dios se sustituyen por un pobre pero preciso entendimiento del único Dios verdadero. Sus vanas opiniones de su propia virtud y mérito se sustituyen por el reconocimiento de la depravación de su naturaleza y la absoluta miseria de sus obras. Su arrogancia, seguridad en sí mismo e independencia se sustituyen por genuina humildad, falta de confianza en sí mismo, dolor por haber pecado y dependencia de Dios a quien busca para recibir perdón. Él, entonces, decide confiar en las misericordias de Dios en la persona y la obra de Jesucristo, y determina hacer Su voluntad. Por eso, su mente ha sido cambiada y su vida transformada. Él se ha arrepentido.

Saulo de Tarso es un gran ejemplo de arrepentimiento bíblico. En su ignorancia e incredulidad, vio a Jesús de Nazaret como nada más que un impostor y blasfemo, y pensó que todos los que le seguían eran dignos de muerte y prisión.¹² Por eso, cuando fue al sumo sacerdote, “lanzaba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor” y pidió cartas para que “en caso de hallar a hombres o mujeres de este Camino, los pudiera llevar presos a Jerusalén” (Hch 9:2-3). Pero en el camino a Damasco el Señor glorificado lo confrontó.¹³ En ese momento, la visión que Saulo tenía de la realidad se desintegró. Descubrió que había estado equivocado en todo. Había pensado que Jesús de Nazaret era un

⁸ Romanos 2:14-15 ⁹ Romanos 1:32 ¹⁰ Jueces 17:6; 21:25 ¹¹ Proverbios 14:12

¹² Hechos 9:1-2; 1 Timoteo 1:13 ¹³ Hechos 9:3-8

blasfemo solo para descubrir que Él era el Hijo de Dios, el Mesías prometido y el Salvador del mundo. Asimismo, había pensado que la justicia se ganaba mediante la obediencia a la ley solo para descubrir que no había nada bueno en él y que la salvación era por gracia mediante la fe y no la de uno mismo, sino la que es un don de Dios.¹⁴ Había pensado que los discípulos eran los enemigos de Israel y dignos de muerte solo para descubrir que estaba persiguiendo al verdadero Israel y condenando a muerte a los hijos e hijas del Dios viviente.¹⁵ Luego, estuvo por tres días “sin poder ver, y tampoco comió ni bebió nada” (Hch 9:9). Gracias al encuentro con la verdad que es Jesucristo, Saulo de Tarso, que era orgulloso y que se consideraba justo, fariseo de fariseos, se rompió en mil pedazos. Sin embargo, a través de la obra iluminadora y regeneradora del Espíritu Santo, su corazón y mente fueron cambiados y su vida fue alterada de manera radical y permanente. Él se arrepintió, se levantó y fue bautizado; comió y recobró fuerzas. Enseguida comenzó a proclamar a Jesús en las sinagogas donde declaraba: “Él [Jesús] es el Hijo de Dios” (Hch 9:18-22). Se difundió la noticia por todas las iglesias de Judea de que “...aquel que antes nos perseguía ahora predica la fe que en otro tiempo buscaba destruir” (Gá 1:22-23).

Pablo describe este cambio drástico de su vida que comenzó en el camino a Damasco con las siguientes palabras. En ellas descubrimos el poder de una mente cambiada y un corazón renovado por la obra regeneradora del Espíritu Santo:

Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida, por amor de Cristo. Y a decir verdad, incluso estimo todo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por Su amor lo he perdido todo, y lo veo como basura, para ganar a Cristo y ser hallado en Él, no por tener mi propia justicia, que viene por la ley, sino por tener la justicia que es de Dios y que viene por la fe, la fe en Cristo (Fil 3:7-9).

Tristeza por el pecado

Un término hebreo que otorga más información a nuestra comprensión sobre *arrepentimiento* es el verbo *nacham*. Se deriva de una raíz que

¹⁴ Romanos 7:18; Efesios 2:8-9 ¹⁵ Hechos 8:1; Romanos 8:14-15; Gálatas 6:16

refleja la idea de “‘respirar profundo’, comunica la manifestación física de los sentimientos que alguien siente, tales como tristeza, pesar o contrición”.¹⁶ El arrepentimiento bíblico no solo implica un cambio de mente, sino además una aflicción genuina por el pecado.

La más mínima comprensión verdadera de nuestro pecado y culpa llevará a la aflicción genuina, la vergüenza e incluso un sano odio o aversión hacia nuestro pecado y nosotros mismos. El escriba Esdras declaró que estaba “...confundido y avergonzado...” (Esd 9:5-6). El profeta Jeremías clamó: “...la vergüenza nos envuelve, porque desde nuestra juventud y hasta este día, nosotros y nuestros padres hemos pecado contra Ti, Señor y Dios nuestro...” (Jer 3:25). El profeta Ezequiel incluso declaró valientemente que cuando el Israel desobediente por fin reconoció la naturaleza atroz de su pecado contra el Señor, se aborreció a sí mismo por todas las cosas malas que había hecho.¹⁷ Por último, al escribir a los creyentes en Roma, el apóstol Pablo señaló que ellos estaban todavía avergonzados de las cosas que habían hecho antes de su conversión.¹⁸

Esta manera de hablar parece fuera de lugar en un mundo y en una comunidad evangélica invadidos por la psicología de la autoestima, pero la aflicción, la vergüenza y odio a uno mismo son verdades bíblicas y una parte esencial del arrepentimiento genuino tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Estas enseñanzas del Señor Jesucristo y el apóstol Pablo dan clara evidencia de esta verdad:

Pero el cobrador de impuestos, desde lejos, no se atrevía siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: «Dios mío, ten misericordia de mí, porque soy un pecador». Yo les digo que este volvió a su casa justificado, y no el otro. Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido (Lc 18:13-14).

Me alegro. Y no porque ustedes se hayan entristecido, sino porque esa tristeza los llevó al arrepentimiento. Ustedes fueron entristecidos conforme a la voluntad de Dios, de modo que en nada

¹⁶ R. Laird Harris, Gleason L. Archer Jr. y Bruce K. Waltke. *Theological Workbook of the Old Testament* [Manual Teológico del Antiguo Testamento]. Chicago: Moody Press, 1980: 2:570. ¹⁷ Ezequiel 20:43

¹⁸ Romanos 6:21

fueron perjudicados por parte de nosotros. La tristeza que proviene de Dios produce arrepentimiento para salvación, y de esta no hay que arrepentirse, pero la tristeza que proviene del mundo produce muerte (2Co 7:9.10).

Enfrentado con la realidad de lo que era y de lo que había hecho, el cobrador de impuestos acompañó su confesión con dolor, profunda contrición y humildad. En el caso de la carnalidad y orgullo de la iglesia de Corinto, la tristeza no solo era apropiada, sino era también considerada “conforme con la voluntad de Dios”. En ambos casos, sin embargo, es importante notar que la tristeza y la vergüenza no eran el objetivo sino los medios para un fin mayor. La humillación de sí mismo por parte del publicano dio lugar a su justificación, y la tristeza de los creyentes en Corinto dio lugar al arrepentimiento para salvación.

Aunque hay una “tristeza que proviene del mundo”, es decir, sin fe y que conduce a la muerte —como en el caso de Judas Iscariote—, nunca deberíamos ver de manera desfavorable la tristeza piadosa que acompaña al genuino arrepentimiento, el cual conduce a la vida (2Co 7:10). La Escritura testifica que Dios estima esta tristeza. Él no desprecia el “...corazón contrito y humillado” (Sal 51:17), sino que más bien ve a “...los pobres y humildes de espíritu, y que tiemblan al escuchar [Su] palabra” (Is 66:2). Aunque Él habita en las alturas, también está con los de espíritu humilde y quebrantado para darles vida.¹⁹ Como Jesús enseñó en las Bienaventuranzas: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (Mt 5:4).

Reconocimiento personal y confesión de pecado

El arrepentimiento no solo implica tristeza interna del corazón, sino además el reconocimiento personal y la confesión abierta de que la opinión de Dios sobre nosotros es verdadera y de que Su veredicto es justo: somos pecadores, hemos pecado y merecemos la condenación divina. El arrepentimiento bíblico siempre implica asumir la responsabilidad de lo que somos y de lo que hemos hecho. Esta verdad es contraria a las creencias de nuestra cultura contemporánea. Así que nos excusamos y nos justificamos de acuerdo con la cultura popular; nunca somos responsables,

¹⁹ Isaías 57:15

sino que siempre somos víctimas de algún poder maligno y a menudo anónimo que está más allá de nuestro control. Encontramos el medio más brillante de atribuir nuestros pecados a cualquiera que no seamos nosotros. Señalamos con toda arrogancia a la sociedad, educación, crianza o circunstancias y nos horrorizamos e incluso nos enfurecemos ante la más mínima indicación de que la culpa sea nuestra. Sin embargo, cuando nos convertimos, nuestro entendimiento sobre esto es alterado drásticamente. Por primera vez en nuestras vidas dirigimos nuestro dedo acusador contra nosotros mismos y con honestidad confesamos nuestro pecado. Nuestras bocas están cerradas y nos consideramos responsables delante de Dios.²⁰ No ofrecemos excusas ni buscamos una ruta de escape.

Acompañamos nuestro reconocimiento personal de culpa (el tomar completa responsabilidad por nuestras obras) con transparencia honesta ante Dios y con una confesión sincera de pecado. La palabra *confesar* viene de una palabra griega que literalmente significa “hablar la misma cosa”.²¹ En la obra divina de la conversión, Dios abre el corazón del pecador y le habla sobre su pecado. La Palabra de Dios, viva, eficaz y más cortante que una espada de dos filos, penetra lo más profundo de su corazón y expone incluso sus intenciones o pensamientos más profundos.²² Entonces, por primera vez en su vida, el pecador se encuentra cara a cara con su pecado y entiende algo de su naturaleza atroz. La observa de frente y, por más que lo intente, no puede remover la horrible imagen que ve de sí mismo.²³ No puede esconderlo, sino que debe reconocer su pecado delante de Dios y confesar ante Él sus transgresiones.²⁴ Al igual que David, se ve obligado a clamar en total reconocimiento de su culpa y en una confesión voluntaria:

Contra Ti, y solo contra Ti, he pecado;
¡ante Tus propios ojos he hecho lo malo!
Eso justifica plenamente Tu sentencia,
y demuestra que Tu juicio es impecable (Sal 51:4).

El profeta Oseas describe la nueva transparencia del creyente ante Dios mediante la cual se pone de acuerdo con Él y de manera abierta confiesa que todo lo que Dios declara sobre él es verdad:

²⁰ Romanos 3:19 ²¹ Griego: *homologéo*. ²² Hebreos 4:12 ²³ Salmos 51:3 ²⁴ Salmos 32:5

Vuélvete al Señor y, con las mejores palabras suplicantes, dile: «No te fijes en nuestra maldad mira lo bueno en nosotros; la ofrenda que te traemos son las palabras de nuestros labios (Os 14:2).

Esta sensibilidad al pecado y a la confesión del pecado es una marca del verdadero creyente, pero la falta de sensibilidad evidencia que una persona puede estar en la condición de inconverso. El apóstol Juan escribe: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros [es decir, no somos cristianos]. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad [es decir, somos cristianos]. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a Él mentiroso, y Su palabra no está en nosotros [es decir, no somos cristianos]” (1Jn 1:8-10).

Una de las mayores evidencias de la conversión verdadera no es una perfección sin pecado, como algunos han supuesto de manera equivocada. Más bien, es una sensibilidad al pecado, una transparencia ante Dios en cuanto al pecado y una confesión abierta del pecado.

El apartarse del pecado

En el Antiguo Testamento, la palabra *arrepentirse* se traduce básicamente de una palabra hebrea que significa “devolverse o regresar”.²⁵ Implica no solo apartarse del mal, sino además volverse a la justicia.²⁶ Por tanto, una de las señales reveladoras del arrepentimiento genuino será un sincero abandono o separación del pecado. La abundancia de lágrimas que pueda derramar una persona o la aparente sinceridad de su confesión por sí solas nunca son evidencia del arrepentimiento bíblico. Todo esto debe ir acompañado de apartarse de aquello que Dios odia y se opone. Esta verdad se establece de manera tan meridiana en la Escritura que merece muy poco comentario, como ocurre en estos tres versículos del profeta Ezequiel:

Por lo tanto, dile de mi parte al pueblo de Israel: «Apártense de sus ídolos y vuélvanse al Señor su Dios. Vuélvanles la espalda a todas sus acciones repugnantes» (14:6).

²⁵ Hebreo: *shuvob*. ²⁶ Harris, Archer y Waltke. *Theological Workbook of the Old Testament* [Manual Teológico del Antiguo Testamento], 2:909.

...vuélvanse a Mí y apártense de todas sus transgresiones, para que su maldad no sea la causa de su ruina... Apártense de todas las transgresiones que han cometido... (18:30-31).

Pues Yo, su Señor y Dios, juro que no quiero la muerte del impío, sino que este se aparte de su mal camino y viva. ¿Por qué ustedes, pueblo de Israel, quieren morir? ¡Apártense, apártense de su mal camino! (33:11).

Es una verdad bíblica innegable que el arrepentimiento genuino se manifestará con apartarse del pecado. Sin embargo, esta verdad sobre el arrepentimiento a menudo ha conducido a la confusión y al temor, incluso entre los creyentes más piadosos. Esta confusión se hace patente en las siguientes preguntas: ¿Me he arrepentido de verdad si cometo otra vez el pecado al que renuncié y aborrecí? ¿Mis fracasos frecuentes indican que no me he arrepentido? Esta pregunta tan sensible requiere balance en la respuesta. Por un lado, regresar con frecuencia al pecado y que no haya victoria constante sobre este puede ser evidencia de un arrepentimiento superficial y no bíblico. Por eso, Juan el Bautista amonestó a los fariseos para que “produzcan frutos dignos de arrepentimiento”, y Jesús declaró: “...este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí” (Mt 3:8; 15:7-8).

Por otro lado, indistintamente del progreso que un creyente haya alcanzado en su santificación, aun el más maduro encontrará que la vida cristiana es una gran lucha contra el pecado, con batallas frecuentes, grandes victorias y derrotas desalentadoras. En esta tierra, ningún creyente alguna vez romperá completamente con el pecado para ser inmune a su engaño y libre de todo fracaso moral. Aunque los verdaderos creyentes crezcan en su renuncia al pecado, aún será una enfermedad repetitiva en sus vidas. Aun cuando llegue a ser menos frecuente o pronunciado, el pecado nunca será erradicado por completo hasta la glorificación del creyente en el cielo. Si bien Dios ha prometido limpiarnos “... de todas [nuestras] impurezas, pues [nos limpiará] de todos [nuestros] ídolos”, un creyente muy maduro puede ser atrapado en el pecado al cual había renunciado (Ez 36:25). Aun cuando luchemos contra el pecado y corramos hacia la santidad como quien corre por el premio; aun cuando disciplinemos nuestro cuerpo y lo hagamos nuestro esclavo; y

aun cuando caminemos en este mundo con sumo cuidado y sabiduría, encontraremos que no hemos sido perfeccionados y necesitamos del arrepentimiento y de la gracia.²⁷ Por eso, los creyentes no deberían desalentarse por la batalla que libran o por su necesidad frecuente de arrepentimiento mientras luchan contra el pecado. La realidad de esta lucha es una marca de la conversión verdadera. El falso convertido (el hipócrita) no conoce sobre esta lucha. Es importante recordar que Dios no promete Su presencia al que es perfecto, sino a aquel cuya vida está marcada por un corazón contrito y que tiembla al escuchar Su Palabra.²⁸

Así que es necesario un balance. Hay dos lados en la moneda, y ninguno de los dos puede pasarse por alto. Por un lado, los cristianos genuinos experimentarán un progreso gradual en la santificación y también experimentarán victorias frecuentes sobre el pecado. El que comenzó una buena obra de arrepentimiento en ellos la continuará de tal modo que crezca, se profundice y llegue a ser aun más real en sus vidas.²⁹ Sin embargo, los cristianos nunca serán libres por completo del pecado o no tendrán necesidad del don divino del arrepentimiento. Por otro lado, los que profesan ser cristianos y no demuestran ningún progreso real en la santificación y quienes pocas veces producen frutos dignos de arrepentimiento deberían estar preocupados por sus almas. Deberían examinarse y probarse a sí mismos para ver si están en la fe.³⁰

Renuncia a las obras

A primera vista, esta puede ser una característica inapropiada del arrepentimiento genuino. Al fin y al cabo, creemos que "hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos de acuerdo con ellas" (Ef 2:10). Asimismo, Juan el Bautista nos indica que llevemos fruto o hagamos obras dignas de arrepentimiento, y Santiago nos expresa que la fe sin obras está muerta.³¹ ¿Cómo, entonces, el verdadero arrepentimiento se manifiesta al renunciar a las obras? La respuesta está en Hebreos 6:1: "Por lo tanto, dejemos a un lado las enseñanzas elementales acerca de Cristo, y avancemos hacia la perfección. No volvamos a cuestiones básicas tales como el arrepentirnos de las acciones que nos llevan a la muerte, o la fe en Dios". La frase *arrepentirnos de las acciones que nos llevan*

²⁷ 1 Corintios 9:24-27; Efesios 5:15 ²⁸ Isaías 66:2 ²⁹ Filipenses 1:6 ³⁰ 2 Corintios 13:5

³¹ Mateo 3:8; Lucas 3:8; Santiago 2:17, 26.

a la muerte significa apartarnos de toda esperanza en alguna obra de piedad personal como un medio de justificación o de aprobación dada por Dios. Toda obra de la cual una persona podría depender en lugar de la persona y obra de Cristo es una obra muerta que no puede salvar.

La Escritura enseña que la salvación es solo por gracia mediante la fe solamente; no es por obras para que ningún hombre se jacte.³² Por eso la Escritura presenta a la gracia y a las obras como diametralmente opuestas y mutuamente excluyentes. El apóstol Pablo afirma esta verdad de modo brillante en su carta a la iglesia de Roma: "Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia..." (Ro 11:6).

En la lógica clásica hay un principio llamado la *ley de la no contradicción*, que dice que las declaraciones que se contradicen no pueden ser ambas verdaderas al mismo tiempo y en el mismo sentido. Esto se aplica respecto a las obras y la gracia en lo referente a la salvación. Si la salvación es por gracia, no puede ser por obras; si es por obras, no puede ser por gracia. Entonces, antes de que una persona pueda ejercer fe salvífica en Cristo, debe primero abandonar toda esperanza de obtener la salvación a través de cualquier otro medio.

Este abandono de alcanzar la justificación por uno mismo, a favor solo de Cristo, es una de las grandes obras del Espíritu de Dios en la regeneración. A través del Espíritu, la persona en verdad arrepentida ha llegado a comprender algo de la justicia inalcanzable de Dios y las profundidades impenetrables de su propia depravación. Ha sido confrontado con su pecado y ha clamado junto con el patriarca Job y el apóstol Pablo:

Y como nadie cree en mi inocencia,
¿para qué voy a esforzarme en vano?
Aunque me lave con jabón, y me restriegue las manos con lejía,
aun así me arrojarías al muladar,
¡y mis vestidos resultarían repugnantes! (Job 9:29-31).

¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?
(Ro 7:24).

³² Efesios 2:8-9

Esta nueva revelación de sí mismo y del pecado conduce incluso a aquellos que más confían en su propia justicia a renunciar a la seguridad en su propia virtud y mérito con la misma fuerza con que han renunciado a su pecado más vil y más atroz. Ellos ya no buscan demostrar su propia justicia ante Dios por medio de las obras, sino que “[se glorían] en Cristo Jesús y no [ponen su] confianza en la carne” (Fil 3:3). Esto es ilustrado de manera poderosa en la conversión del apóstol Pablo:

Aunque también yo tengo de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: fui circuncidado al octavo día, y soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín; soy hebreo de hebreos y, en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que se basa en la ley, irreprochable. Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida, por amor de Cristo. Y a decir verdad, incluso estimo todo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por Su amor lo he perdido todo, y lo veo como basura, para ganar a Cristo y ser hallado en Él, no por tener mi propia justicia, que viene por la ley, sino por tener la justicia que es de Dios y que viene por la fe, la fe en Cristo (Fil 3:4-9).

Al igual que en el caso de la gracia y de las obras, el verdadero arrepentimiento y la confianza en la propia justicia son totalmente opuestas y no pueden cohabitar en la misma persona al mismo tiempo. El individuo que no se arrepiente se ve a sí mismo como “uno que no necesita nada”. Pero cuando el Espíritu de Dios regenera su corazón e ilumina su mente, se ve a sí mismo como “...un desventurado, un miserable... pobre, ciego y desnudo...” (Ap 3:17). Toma la actitud del publicano, quien “...no se atrevía siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: ‘Dios mío, ten misericordia de mí, porque soy un pecador’” (Lc 18:13). Se acerca a Dios con la actitud del autor del viejo himno:

Aunque sea siempre fiel, aunque llore sin cesar,
Del pecado no podré justificación lograr;
Solo en Ti, teniendo fe, sobre el mal podré triunfar.

Nada traigo para Ti, mas Tu cruz es mi sostén,
Desprovisto y en escasez, hallo en Ti la paz y el bien;
Sucio y vil acudo a Ti, a ser puro y limpio al fin.³³

El pecador arrepentido de manera categórica rechaza todos los galardones de una religión basada en las obras. Por eso, su corazón rebosa con las palabras del salmista: “No somos nosotros, Señor, no somos nosotros dignos de nada. ¡Es Tu nombre el que merece la gloria...” (Sal 115:1). Cualquier sugerencia de que él está bien con Dios gracias a su propio carácter u obras le horrorizaría. Al contrario, le inspiraría la siguiente declaración de fe: “Pero lejos esté de mí el jactarme, a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo...” (Gá 6:14).

¿Qué lugar, entonces, tienen las obras en nuestra salvación? ¿Debe el cristiano seguir pecando para que la gracia abunde?³⁴ ¿Carece de valor todo fruto y justicia personal? ¡Absolutamente no! Aquellos que se han arrepentido en verdad y creen para salvación han sido regenerados por el Espíritu Santo y recreados a la imagen de Cristo. Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura con una nueva naturaleza.³⁵ Ha muerto al pecado para vivir una vida nueva.³⁶ Por el poder de la regeneración, la morada del Espíritu Santo y la constante providencia de Dios, el creyente llevará fruto y realizará buenas obras para la gloria de Dios. Las obras que el cristiano lleva a cabo, las cuales Dios preparó de antemano para que él viva de acuerdo a ellas, no son la causa de su justificación, sino la evidencia de esta.

Volverse a Dios en sumisión obediente

Abandonar el pecado no es un fin en sí mismo, sino un medio para llegar a un fin mayor: volverse a Dios. La moralidad no es lo mismo que el cristianismo. El cristiano no practica la moralidad como un fin, sino para la gloria y el gozo de Dios.³⁷ Aunque haya un cristiano inconfundible y una moral bíblica, el cristianismo trata de manera fundamental acerca de Dios y consiste en una relación íntima con Él. Jesús lo describió de esta manera: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn 17:3).

³³ Augustus M. Toplady. “Rock of Ages [Roca de la eternidad]”, estrofas 2-3. ³⁴ Romanos 6:1

³⁵ 2 Corintios 5:17 ³⁶ Romanos 6:2-4 ³⁷ Practicar la moralidad bíblica por cualquier razón que no sea el amor a Dios y la promoción de Su gloria es flagrante idolatría.

Al usar la palabra *conocer*, Jesús no está limitando la vida cristiana a un esfuerzo intelectual; más bien, el conocimiento del cual Él habla es tanto relacional como íntimo. La meta de la vida cristiana es la búsqueda de un conocimiento íntimo de Dios que lleva a una mayor estima de Su valor, una mayor satisfacción y gozo en Su persona y una mayor entrega de uno mismo para Su gloria. Como lo declara el viejo catecismo: “El fin principal del hombre es el de glorificar a Dios, y gozar de Él para siempre”.³⁸ Por eso, el arrepentimiento genuino no se limita a apartarse del pecado, sino que es todavía parcial hasta que el pecador se vuelve por completo a Dios como “el fin principal” de todo anhelo. Esta verdad es evidente en dos textos de ambos Testamentos. El primero es del profeta Isaías, a través del cual Dios declaró:

Busquen al Señor mientras pueda ser hallado;
llámenlo mientras se encuentre cerca.
¡Que dejen los impíos su camino,
y los malvados sus malos pensamientos!
¡Que se vuelvan al Señor, nuestro Dios,
y Él tendrá misericordia de ellos,
pues Él sabe perdonar con generosidad (Is 55:6-7).

Es importante notar que este texto claramente coloca el énfasis en volverse al Señor. La renuncia al pecado no es un fin en sí mismo, sino que es el primer paso hacia el fin mayor: volverse a Dios. Nos apartamos del pecado porque así podremos volvernos a Él. Las dos cosas son necesarias, porque Dios y el pecado se excluyen entre sí. No podemos amar ni poseer ambas cosas al mismo tiempo.

El segundo texto está en la primera epístola de Pablo a la iglesia en Tesalónica. Él describe su conversión con las palabras siguientes: “Porque ellos mismos hablan de lo bien que ustedes nos recibieron, y cómo se apartaron de los ídolos y se volvieron al Dios vivo y verdadero, para servirlo y esperar de los cielos a Jesús, su Hijo, a quien Dios resucitó de los muertos, y que es quien nos libra de la ira venidera” (1Ts 1:9-10). Una vez más, es evidente que el apartarse del pecado es secundario a la meta primaria de volverse a Dios. La evidencia de la conversión verdadera entre

³⁸ *Catecismo menor de Westminster*, pregunta 1.

los creyentes en Tesalónica es que ellos no solo se apartaron de su idolatría, sino que se volvieron al Dios vivo y verdadero en servicio obediente. Además, ellos tenían tal anhelo por Él que con paciencia esperaban, en medio de mucha aflicción, Su final y completa revelación en la Segunda venida de Su amado Hijo. Como ocurre en el caso de todo verdadero arrepentimiento, hay un “apartarse de” y un “volverse a”. Hay un rechazo y una renuncia al pecado, y un deseo y anhelo apasionados por Dios.³⁹

Obediencia práctica

Una vida marcada por la obediencia sincera y simple hacia los mandamientos de Dios puede ser la prueba más obvia e irrefutable del verdadero arrepentimiento. Una persona puede jactarse de una pasión interna por Dios y de sentimientos sinceros de piedad, pero estas afirmaciones son válidas solo en la medida en que su vida se conforma con los mandamientos de la Escritura. Las duras palabras de Juan el Bautista no dejan espacio para interpretaciones incorrectas. Una persona puede afirmar que se ha arrepentido solo en la medida en que lleva fruto “digno de arrepentimiento” (Mt 3:8). Una vida infructuosa resulta en falsas manifestaciones emocionales de contrición. Esta es una advertencia para todos nosotros, pues el hacha del juicio de Dios está ya puesta en la raíz de los árboles. Cada árbol que no lleva buen fruto es cortado y echado al fuego. Al igual que la fe sin obras está muerta y no es de provecho, así el arrepentimiento sin fruto es falso y sin poder para salvar.⁴⁰ Sin embargo, si el corazón de una persona se ha vuelto a Dios, lo demostrará por una nueva obediencia práctica a la voluntad de Dios. Aun cuando el arrepentimiento abarca la mente y las emociones, en última instancia la veracidad o falsedad del arrepentimiento se evidencia por medio de la sumisión dispuesta de una persona a los mandamientos de Dios.

A no ser que tratemos de explicar la advertencia de Juan el Bautista como un anticuado mensaje profético para otra época, sería recomendable recordar que su doctrina también se encuentra en las enseñanzas de Jesús y del apóstol Pablo respectivamente:

Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego.
Así que ustedes los conocerán por sus frutos. No todo el que me

³⁹ Otros textos que demuestran la doble naturaleza del arrepentimiento bíblico son Isaías 45:22; Lamentaciones 3:39-41; Joel 2:12-14 y Zacarías 1:3. ⁴⁰ Mateo 3:10

dice: «Señor, Señor», entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos (Mt 7:19-21).

Por eso, rey Agripa, no desobedecí esa visión celestial, sino que comenzando por los que viven en Damasco y en Jerusalén, y siguiendo por los que viven en Judea, sin pasar por alto a los no judíos, les anuncié que debían arrepentirse y volverse a Dios, y demostrar con sus hechos que realmente se habían arrepentido (Hch 26:19-20).

La Escritura condena estrictamente todo intento de obtener la justificación mediante obras humanas; sin embargo, el arrepentimiento y la fe son el resultado de la obra de recreación sobrenatural del Espíritu.⁴¹ Esta obra de gracia siempre se manifestará en la transformación de la vida del creyente y en el fruto que este lleve. Como el Señor Jesucristo enuncia en el Sermón del Monte, aquellos que se arrepintieron y creyeron serán conocidos “por sus frutos” (Mt 7:16-20). Esto no significa que el arrepentido siempre vivirá en perfecta conformidad de acuerdo con la voluntad de Dios sin desobedecer ni insinúa que él siempre llevará abundante fruto como el hombre bendito del Salmo 1:3:

Ese hombre es como un árbol
plantado junto a los arroyos;
llegado el momento da su fruto,
y sus hojas no se marchitan.
¡En todo lo que hace, prospera!

Sin embargo, esto significa que él estará inclinado hacia los mandamientos de Dios, y una obediencia práctica y pura marcará su vida. Aquellos que afirman que se han arrepentido sin los frutos que, sin duda, deben seguir, pueden tener poca seguridad de la validez de la afirmación y de la condición de justos delante de Dios que suponen.

Continuidad y profundización de la obra del arrepentimiento

La característica y prueba final de todo arrepentimiento genuino es su continuidad y crecimiento durante la vida del creyente. Mediante

⁴¹ Gálatas 3:10

la obra de santificación del Espíritu Santo, el Dios que comienza una obra de arrepentimiento en nosotros la perfeccionará; Él verá que madure y se profundice durante nuestras vidas.⁴² Esta verdad se revela al principio de las enseñanzas de Cristo registradas en el Evangelio de Marcos: “Jesús fue a Galilea para proclamar el evangelio del reino de Dios. Decía: ‘El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse, y crean en el evangelio!’” (1:14-15). En el texto original en griego, el mandato de arrepentirse y creer está escrito en el tiempo presente, lo que indica continuidad. Para comunicar el significado correcto, la exhortación de Cristo podría traducirse así: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios está cerca; por lo tanto, vivan una vida de arrepentimiento y de fe en el evangelio”.

La evidencia de que alguien realmente se ha arrepentido para salvación es que él continúa arrepintiéndose durante el curso de su vida. Aunque debe luchar contra la carne, el engaño del pecado y su corazón endurecido, el arrepentimiento marcará su vida. Por eso, en algunos lugares del mundo se hace referencia a los verdaderos cristianos como “los que se arrepierten” debido a un arrepentimiento cada vez mayor, más profundo y más maduro que marca sus vidas.⁴³

Esta misma verdad se establece para nosotros en las Bienaventuranzas, donde Cristo declara: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación” (Mt 5:4). En este texto, la frase “los que lloran” se traduce de un participio presente que indica continuidad. Cristo no está pronunciando una bendición para aquellos que en un momento o de manera esporádica lloran, sino para aquellos a quienes el llanto marca sus vidas. Aunque las palabras de Cristo no necesitan otra validación, tienen abundante respaldo en toda la Escritura. El Señor afirmó la misma verdad a través del profeta Isaías: “...Yo pongo la mirada en los pobres y humildes de espíritu, y en los que tiemblan al escuchar Mi palabra” (Is 66:2).

A menudo en el cristianismo contemporáneo, el arrepentimiento es algo así como una vacuna contra el tétanos o la poliomielitis, algo que se hace en el momento de la conversión solo una vez. Pero esto es contrario a la visión en la Escritura sobre el arrepentimiento. En realidad, la evidencia de que una persona se ha arrepentido para salvación es que

⁴² Filipenses 1:6 ⁴³ Los creyentes evangélicos en Rumania son a menudo llamados «los que se arrepierten» por algunos que son hostiles a su fe.

está todavía arrepintiéndose hoy y que su arrepentimiento se ha intensificado y profundizado desde el día de su conversión.

Casi nadie objetaría la verdad de que vivimos en una época superficial en la cual tanto la persona religiosa como la secular parecen caminar del brazo hacia la misma meta: la búsqueda de la felicidad *en esta vida*. Por eso, el gran tabú en la cultura y el cristianismo contemporáneo es mencionar cualquier cosa que pudiera estropear los planes, lastimar los sentimientos o socavar la autoestima de alguien. Las personas no solo no van a buscar las gracias cristianas del arrepentimiento, el quebrantamiento y el llanto, sino que van a evitarlas cueste lo que cueste. Por eso, muchos entre los hijos de Dios progresan con lentitud en su vida cristiana. No entienden que el arrepentimiento no es solo el primer paso esencial hacia la salvación, sino además el mismo catalizador del verdadero gozo.

En su conversión, una persona comienza a ver a Dios y a sí misma como nunca antes. Esta mayor revelación de la santidad y de la justicia de Dios conduce a una mayor revelación de sí mismo, lo cual, a su vez, resulta en arrepentimiento o quebranto por el pecado. No obstante, el creyente no es dejado en la desesperación, pues también se le ha ofrecido una mayor revelación de la gracia de Dios en el rostro de Cristo, lo que conduce a un gozo indescriptible. Este ciclo simplemente se repite durante la vida cristiana. Conforme pasan los años, el cristiano ve más de Dios y más de sí mismo, lo que resulta en un quebranto mayor y más hondo. Sin embargo, al mismo tiempo, el gozo del cristiano crece en igual medida porque está al tanto de revelaciones mayores del amor, la gracia y la misericordia de Dios en la persona y obra de Cristo. No solo esto, sino un gran intercambio tiene lugar pues el cristiano aprende a descansar menos y menos en su propio desempeño y más y más en la obra perfecta de Cristo. Así que su gozo no solo se intensifica, sino que llega a ser más constante y estable. Él deja de poner su confianza en la carne, lo cual es idolatría, y descansa en las virtudes de Cristo, lo cual es verdadera piedad cristiana.

CAPÍTULO DOS



Un llamado a la fe

Después de que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea para proclamar el evangelio del reino de Dios. Decía: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse, y crean en el evangelio!».

—Marcos 1:14-15

Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, y de ello dan testimonio la ley y los profetas. La justicia de Dios, por medio de la fe en Jesucristo, es para todos los que creen en Él. Pues no hay diferencia alguna.

—Romanos 3:21-22

Ahora bien, tener fe es estar seguro de lo que se espera; es estar convencido de lo que no se ve.

—Hebreos 11:1

El llamado a la fe (creer) es junto al llamado al arrepentimiento un elemento esencial en la invitación auténtica del evangelio. Por tal razón, es necesario que tengamos una comprensión correcta de su naturaleza y manifestación en la conversión genuina.

TERMINOLOGÍA BÍBLICA

En el Antiguo Testamento, la palabra creer viene de la palabra hebrea que significa “mantenerse firme, confiar, tener certeza o estar seguro de algo”.¹ Génesis 15:6 dice que Abraham “creyó al Señor, y eso le fue

¹ Hebreo: *aman*.

Esperamos que hayas disfrutado de esta
pequeña muestra del libro *El Llamado del Evangelio*
& la Conversión Verdadera.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!